

tes por lo común holgazanas, marimandonas, atentas no más que á encarnar en sí mismas la pesadumbre del armatoste burocrático. Me reventaban los Condes y Marqueses, mayormente los de nuevo cuño, sacados por don Amadeo y don Alfonso del montón de indianos negreros, de mercachifles enriquecidos ó de agiotistas sin conciencia. Me encocoraban los señores pudientes, que rebajando su jerarquía ancestral entregábanse al servilismo palaciego y monárquico. Detestaba, en fin, todas las vanidades que se habían mancomunado para contener los progresos de nuestra Patria, y encerrarla dentro de unos moldes que no podría romper sin nuevas y más iracundas revoluciones.

Como yo me tenía por superior á toda esta turbamulta, materializaba mi desprecio adoptando la modalidad que á mi parecer era contrafigura del señorío enfatuado, rémora contumaz de la vida española. Y cuando ante él ostentábamos Casiana y yo nuestros atavíos fachosos, mentalmente les decíamos: «Miradnos bien. Somos cursis por patriotismo.»

Mis odios más vivos recaían sobre una casta de señoritos en su mayor parte salidos de las Universidades, ricos por su casa, y algunos participantes de las delicias de la nómina. Trastornadas estas criaturas por las parambombas que introdujo la Restauración, elevaron á fórmulas dogmáticas el arte y reglas de la elegancia. A todos los que no tuviéramos exquisita hechura personal, en modales y ropa, nos miraban como á raza infe-

rior, no más digna de aprecio que las turbas gregarias despectivamente llamadas *masa obrera*. Entre ellos y los de abajo ponían una barrera de lenguaje, neologismos extraños, chistes y camelos, mezclados de una galiparda insubstancial.

Citaré el caso de uno de estos mancebos de cultura somera y ademanes finústicos, que tras una temporadilla de dos semanas en París, volvió acá reventando de exquisitismo europeo. Su refinamiento no excluía el gusto extravagante de algunos manjares españoles tan ordinarios como sabrosos. En suma, que le gustaba con delirio el plato llamado *callos*. Entró á cenar con varios amigos en uno de los mejores restaurantes de Madrid; mas no se atrevió á pedir el comistraje de su gusto con el nombre español, que á su parecer era lo más contrario al buen tono. Después que sus amigos pidieron lo que les vino en gana, él dijo al mozo: «Para mí traiga usted... A ver, á ver... ¿Cómo se llama eso?... Ya, ya... *tripes à la mode de Caen*.»

VIII

Confundidos Casiana y yo entre el gentío fastuoso y el de medio pelo que paseaba en la Castellana ó el Retiro solíamos encontrarlos con *Leona la Brava*, acompañada de su amiga María Ruiz. Una tarde, bajando de la Casa de Fieras al *Parterre*, nos sorprendió la

voz de Leonarda, á quien vimos bebiendo un vaso de agua en la Fuente Egipcia. No iba con María Ruiz sino con una doncella de servir llamada Pilar, que á Casiana conocía por haber dado juntas no pocos pasos en las correrías mundanas. Reunidas las tres mujeres y yo, seguimos deambulando.

Leona, que en otras ocasiones había mostrado simpatía por Casiana, estuvo aquella tarde más expresiva, diciéndole entre otras cosas amables: «Mujer, no te des tanto tono. ¿Por qué no has ido á mi casa como me prometiste aquella noche que nos vimos á la salida de la Zarzuela? Tendré mucho gusto en que comas conmigo. Después de comer iremos al teatro, donde se nos agregará tu gallardo caballero, que no vive separado de ti.»

Contestaba Casiana modosita y con infantil cortedad... Balbuciente, ya se excusaba con finura encogida, ya contemporizaba prometiendo acceder á la invitación. La Pilar, aunque se hallaba en servidumbre, miraba con cierta protección compasiva á la pobrecita Casiana, considerándose como término medio entre el esplendor de su ama y la obscuridad de la que en otros tiempos fué su igual en la vida galante.

Desmedido era el contraste entre la vestimenta magnífica y un poquito estrepitosa de *Leona* y los trapos caseros de mi humilde amigueta. Esta me había dicho mil veces que no sentía envidia de la dama de Mula, á pesar del rumbo que gastaba, y andando el tiempo me dió pruebas mil de su encan-

tadora modestia. Cuando salíamos del Paseo de las Estatuas á la calle de Alfonso XII, me dijo *La Brava* con su poquito de misterio:

«Este año tardaré un poco en salir á mi veraneo, porque Alejandrino tiene un asunto... un negocio... un proyecto de ferrocarril que ha de ir por Miraflores á Segovia y La Granja... ya te contaré... y hasta que no se lo despachen no saldremos... No sé si sabes que los moderadotes están que echan bombas: todo lo quieren para sí, *les belles places, les gros affaires, la lune et le soleil...* Y á propósito: Alejandrino les ha vuelto la espalda, arrimándose á Romero Robledo y á López de Ayala, que le han prometido echar los bofes para sacar adelante su asuntillo. Cuando esto sea, *nous partirons pour la France*. Pasaremos una temporadita en Arcachón y luego nos vendremos á Biarritz.»

Terminó *Leona* sus confidencias diciéndome que Carlota Pastrana se iría pronto á San Juan de Luz, y que María Ruiz estaba *aux abois*, porque *el suyo*, que era empresario de casas de juego, dió el trueno gordo y tuvo que salir escapado de Madrid para que no le matasen.

En la Cibeles nos separamos. Cuando íbamos hacia nuestra casa, la discreta Casiana consagró á la dama de Mula estos juicios sinceros: «Leonarda es linda, simpática y cariñosa. Viste muy bien y tira el dinero que es un gusto... Pues con todo eso, yo no quiero parecerme á ella. Según tú, *La Brava* y yo nos asemejamos en que las dos hemos que-

rido instruirnos para pasar de burras á personas. Pero no es lo mismo, Tito. La de Mula hipa por la grandeza, aprendió el habla fina, luego francés, y todo su aquel es tratarse con hombres ricos. Busca el boato, la bambolla, y así como otras se pintan la cara para ser más bonitas, *Leona* se pinta el alma con la ilustración para que se enamoren de ella los Duques, los Príncipes y hasta los mismos Reyes.

»Yo soy de otra manera; no pretendo más que saber leer y escribir, y unas miajas de Aritmética para llevar las cuentas de mi casa. Muy corto es mi genio, pero más cortos son mis deseos. Con un poquitín de lo que Dios reparte á sus criaturas tengo asegurada la felicidad: un hombre bueno que me quiera, una casa modesta y limpia, un pasar mediano y sin ahogos, un vivir tranquilo, cuidar á mi hombre y tenerle todo á punto y muy arregladito, y para colmo de contento mi plancha, mi aguja y mi estropajo.»

Entre San Juan y San Pedro, entrada de verano, cambiamos Casiana y yo el escenario en que exhibíamos nuestras bien aderezadas personas. Abandonamos la Castellana y el Retiro, y vest dos cómodamente y sin pretensiones nos íbamos por las tardes á la Fuente de la Teja ó á la Pradera del Corregidor. La libertad del vivir plebeyo al aire libre nos encantaba, mayormente cuando llevábamos merienda ó cena y nos la comíamos tumbaditos sobre la hierba.

Era nuestra delicia la sociedad de los ven-

torrillos, donde escuchábamos las conversaciones más graciosas; los musiquejos mendicantes nos divertían, y el vocerío alegre regocijaba nuestros corazones. Por cierto que una tarde encontramos á María Ruiz, una de las amigas de *Leona*, paseando del brazo de un gallardo sargento de Caballería. Al poco rato bailaban una mazurca, bien agarrados, al son de los atronadores organillos. Otra tarde se nos apareció el masón llamado burlescamente *Epaminondas*, á quien conocí en la tertulia de *Candelarita Penélope*. Le convidamos á merendar en un ventorro; aceptó, y apenas nos sentamos los tres, empezó á discursar de esta manera:

«Ya tenemos á Periquito hecho fraile, ya tenemos á Sagasta metido en la legalidad. ¿No leíste la semana pasada el artículo de *La Iberia*? Pues bien claro lo dice. Los elementos procedentes del amadeísmo y del unionismo, juntamente con los restos del antiguo progresismo que no están con Zorrilla, quieren ahora formar un partidito que á un tiempo se llame liberal y borbónico. ¿Entiendes esto; lo entiende usted, señora?»

—Sí que lo entiendo, querido *Epaminondas*—respondí yo.—Ni el elemento liberal ni el elemento borbónico quieren perecer. Para vivir y pescar lo que se pueda, se alían, se juntan, y buscan un *dogma* que encuentran en seguida... Aquí hay *dogmas* para todo, hasta para las combinaciones y mezcolanzas más extravagantes... Encontrada la fórmula, se aprestan todos á *comulgar* en la iglesia

alfonsina que hoy abre de par en par sus puertas al culto del Funcionarismo. No te asustes de nada, *Epaminondas*. Sagasta formará un partido liberal dinástico que alterne con el de Cánovas en la gobernación de estos Reinos venturosos.

—A eso iba—prosiguió el masón, mostrando en su rostro el júbilo y la vanagloria de contar un suceso que él solo sabía.—Oyeme. Puedo asegurarte como si lo hubiera visto, que ayer y hoy se han reunido Sagasta y Cánovas en casa de este último, Fuencarral, 2. Encerrados estuvieron más de dos horas cada día, tratando de... La conversación entre ambos prohombres no he de referírtela, porque no la oí... Pero te diré, si te interesa saberlo, la hora exacta con minutos en que entró Sagasta y la hora en que salió. Lo sé por Ramón, el ayuda de cámara de don Antonio, que es paisano y amigo mío, y todo me lo cuenta... Total, es claro como el agua que los empingorotados corifeos conferenciaron acerca de la forma y modo de fundar el nuevo partidito, *bajo la base del equilibrio de los elementos dinásticos, conforme al credo borbónico.*

—En mi sentir—respondí yo—todo lo que me has dicho es la pura realidad. Por mi parte, debo declarar que no patrocino el nuevo partido ni me opongo á su creación, y así lo hago por dos razones: la primera es que sucederá lo que debe suceder, y la segunda, que todo ello me tiene sin cuidado.»

Disertamos un poco más sobre el asunto,

cada cual según su temperamento y estilo, hasta que el amigo *Epaminondas* se fué con unas mozas barbianas que salieron del mendero próximo.

Transcurrieron días calurosos, tardes de holganza placentera en las soledades campesinas, noches serenas que empezaban tibias y concluían con dulce frescura matinal. Más de una vez, la aurora risueña nos acompañó á Casiana y á mí al tornar á nuestra vivienda.

El primer suceso público que relatan mis crónicas en la declinación del verano fué la recrudescencia de las sofoquinas que á don Antonio daban los *moderados*. Los antagonismos en el seno del Ministerio parecían ya irreductibles. Se tiraban los trastos á la cabeza por si las primeras elecciones de la Restauración habían de hacerse con el sufragio universal ó con el restringido. Cánovas del Castillo, que á sus grandes talentos unía un arte sutil para deshacerse de los revoltosos y amansar á los discólos con el sencillo gesto de abandonar el Poder, dejando tras sí como emblema de castigo el vacío de su persona, inventó un Ministerio Jovellar que fué plasmado rápidamente en esta forma: Romero Robledo, Ayala y Salaverría conservaron sus carteras de Gobernación, Ultramar y Hacienda. En Guerra, con la Presidencia, quedó Jovellar. Y entraron: en Estado, don Emilio Alcalá Galiano, Vizconde del Pontón; en Fomento, don Cristóbal Martín Herrera; en Gracia y Justicia, don

Fernando Calderón Collantes, y en Marina, Durán y Lira.

Heroico remedio fué para la turbada política el mutis de don Antonio, mejor dicho, medio mutis como los que en las acotaciones de las comedias se designan con la siguiente fórmula: *hace que se va y se queda*. Para estos pasos escénicos tenía el maestro Cánovas una singular destreza, casi estoy por decir travesura, y de ello dió nuevos ejemplos en posteriores épocas de su mando. El flamante Ministerio correspondió dócilmente á los fines que motivaron su presencia en el retablo político, y el 1.º de Octubre, tras una gestación que no debió ser muy laboriosa, la señora *Gaceta* dió á luz un decreto estableciendo que el nuevo Parlamento se formaría con arreglo á la ley electoral de 1870. El sufragio universal había vuelto á levantar la cabeza, y los *moderados*, con excepción del inflexible don Claudio Moyano, bajaron la cresta convencidos de que se quedarían fuera de la circulación política si continuaban encerrados en las covachas del tiempo viejo.

Desembarazado de los engorrosos obstáculos que le ocasionó la cuestión electoral, Cánovas volvió á ser cabeza visible de la Situación en la Presidencia del Consejo. A Jovellar dió el mando supremo de Cuba, prebenda que fué muy del agrado del General. En Guerra entró Ceballes; en Fomento el Conde de Toreno. Martín Herrera pasó á Gracia y Justicia, y don Fernando Calderón Collantes á Estado. Los demás Ministros,

excepto Alcalá Galiano, siguieron en sus puestos.

Ante un público de amigos inquietos y ambiciosos, congregado en el Circo del Príncipe Alfonso el 7 de Noviembre, celebró Sagasta con endechas tribunicias el advenimiento del partido liberal monárquico y la felicidad que había de resultar del turno pacífico, del equilibrio, del balanceo metódico entre los dos *elementos* que diferenciaban é integraban la política general, sirviendo á la Nación y al Rey cada cual con su *credo*, cada cual con su *dogma*, sin perjuicio de *comulgar* ambos en el ideal común, en el ideal dinástico, etc... No expresó don Práxedes su pensamiento con los vocablos y frasecillas que aquí empleo. Yo no asistí á la reunión; pero creo interpretar fielmente la substancia del discurso utilizando las notas tomadas al oído que me trajo el diligente informador *Epaminondas*.

Que Sagasta puso en las nubes la Constitución del 69 y pisoteó la del 45, no hay para qué decirlo. Hizo un discreto elogio de los derechos individuales y de la libertad de conciencia, armonizando estas conquistas con el estricto mantenimiento del orden, y concertó las notas chillonas del *Himno de Riego* con la grave salmodia de la *Marcha Real*. El Partido Constitucional combatiría con el mismo ardimiento los excesos de la demagogia y las atrocidades de la reacción... Todo iba bien, muy bien. Los liberales dinásticos, provistos ya de las necesarias recetas para entrar con

salud en la política activa, andaban por Madrid á fines del 75 como chiquillos con zapatos nuevos. Faltaba que el Gobierno convocase al pueblo á los comicios, que se efectuaran las elecciones, y que se supiera quiénes salían triunfantes del seno hermético de las urnas.

Perdonadme, lectores de mi alma, que pase como gato fugitivo por este período de una normalidad desaborida y tediosa, días de sensatez flatulenta, de palabras anodinas y retumbantes con que se disimulaba el largo bostezar de la Historia. Todo este fárrago de convencionalismos resobados pasó de las manos caducas del año 75 á las tiernas manecitas del 76. Funcionó el artefacto electoral, y para haceros comprender su eficacia me bastará decir que Romero Robledo estrenó entonces su extraordinaria maestría en la fabricación de Parlamentos. Con tiempo y saliva designó y encasilló á los padres de la Patria, formando á su gusto el montón grande de la mayoría conservadora y el montón chico de la minoría liberal dinástica, sin olvidar unas cuantas figuras sueltas, sacadas de las urnas ó de los cubiletes con un fin ornamental y pintoresco. Fué al Congreso Emilio Castelar por el cariño que Cánovas le tenía, y para que no estuviera solo pusieron á su lado al señor Anglada. Una vez más, y aquella vez más que otras, lució sobre Madrid y España la espléndida mentira de la Soberanía Nacional.

Ya sé, ya sé que mis lectores me agrade-

cen mucho que no les cuente la teatral apertura de las Cortes el 15 de Febrero de 1876, con la fastuosa mascarada palatina, ni el discurso del Rey, ni los subsiguientes trámites rutinarios de elección de Mesa, examen de actas y constitución definitiva en las dos Cámaras. Todo esto, visto á cierta distancia, es aburridísimo, letal, y el que lo contase de buena fe ó lo leyere con paciencia moriría de un ataque agudo de fastidio. Las Cortes alfonsinas habían de empezar sus tareas perfeccionando una nueva Constitución, pues la del 12, la del 37, la del 45, la del 54 y la del 69, todas incumplidas, ó *barrenadas* como suele decirse, estaban ya inservibles.

Aunque el pío lector no me lo agradezca, doy de lado la discusión del Mensaje, juego de pirotecnia verbosa en el cual cada orador respiraba por sus heridas, conforme á la postura política en que le habían dejado los sucesos de los últimos años. Pidal se revolvió contra don Antonio por no haber traído éste á la Restauración las furias ultramontanas; Moyano execraba la Revolución de Septiembre, pintándola como un criminal esparcimiento demagógico; Sagasta, cantando por todo lo alto, izaba el gallardete de la Soberanía Nacional; Castelar y Pavía disertaron extensamente sobre el pro y el contra del 3 de Enero del 74; Cánovas, con derroches de lógica elocuente, contestaba á unos y otros requiriéndoles á la paz y concordia en los altares de la legalidad alfonsina; todos, en fin, se encastillaban en las ficciones ó deco-

rosas pamplinas que les servían de plataforma en aquella encrucijada de los destinos de España.

Sospecho que estas páginas tendrán más amenidad hablando en ellas de mí mismo, de la honda depresión de mi ánimo en aquellos días de amodorrante sensatez. Sin que pudiera decir que estaba enfermo, yo me sentía desganado y triste; apenas salía de mi casa; ni una sola vez traspasé la puerta del Congreso; huía de la rarificada atmósfera de los que llaman *Círculos*, y para colmo de mi desdicha, en los meses transcurridos del año 76 no me visitó la vaga *EfémERA*, ni tuve más relaciones con mi adorada Madre que la cobranza de mi asignación en la portería de la Academia de la Historia, sin que á la entrega de fondos acompañara carta ni referencia directa de la divina *Clio*. Llegué á creer que mi Madre yacía en grave postración espiritual ó que se hallaba en estado de catalepsia, única enfermedad que acomete á los Dioses cuando no tienen nada que hacer, ó se creen dispensados de intervenir en las acciones humanas.

También la vida de este pobre Tito había llegado á ser vida de durmiente ó cataléptico. Sus horas se deslizaban una tras otra lentas, pardas y sin ruido. El ayer, el hoy y el mañana eran un solo día: esfumábanse los recuerdos, extingúíase la esperanza... De improviso, una noche me sacudió y me puso en pie restituyéndome bruscamente á mi ser normal un suceso inopinado, un relámpago

de vida, la visita de un amigo queridísimo á quien yo no había visto en algunos años. Este amigo era Segismundo García Fajardo, el rebelde más tenaz y el revolucionario más gracioso que ha existido bajo el limpio cielo de los Madriles.

En los días trágicos de la muerte de Prim y en todo el año 70, fecundo en emociones y disturbios, derrochó Segismundo su agudeza satírica y los donaires de su feliz ingenio en soliviantar las masas populares de Lavapiés y las Peñuelas. Grande amigo de Romualdo Cantera, recibió de éste albergue y sustento en los azares de la vida más desordenada y tormentosa que cabe imaginar. Aquel trueno de la política, bala perdida en la sociedad, era como sabéis sobrino carnal del Marqués de Beramendi, caballero talentudo y de alta posición, que se cansó de proteger al mozo cuando las extravagancias de éste llegaron á ser escandalosas. Abandonado del tío y de sus padres, Segismundo se dejó arrastrar por la desesperación revolucionaria, y aunque no tuvo arte ni parte en el conato de regicidio contra don Amadeo fué perseguido con tanta saña que salió por pies y no paró hasta París. En aquella capital permaneció largo tiempo entre los innúmeros españoles que conspiraban para cambiar radicalmente las cosas de España.

Causado, al fin, de soportar humillaciones, hambres y desnudeces, se valió de sutiles arbitrios para repatriarse. Atravesó toda Francia empleando los más inverosímiles me-